

28º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO



La liturgia del Domingo 28 del Tiempo ordinario nos invita a reflexionar sobre las elecciones que hacemos; nos recuerda que no siempre lo que reluce es oro y que es necesario, a veces, renunciar a ciertos valores perecederos, a fin de adquirir los valores de la vida verdadera y eterna.

En la primera lectura, un "sabio" de Israel nos presenta un "himno a la sabiduría". El texto nos invita a adquirir la verdadera "sabiduría" (que es un don de Dios) y a prescindir de los valores efímeros que no realizan al hombre. El verdadero "sabio" es aquel que elige escuchar las propuestas de Dios, aceptar sus desafíos, seguir los caminos que él indica.

El Evangelio nos presenta a un hombre que quiere conocer el camino para alcanzar la vida eterna. Jesús le invita a renunciar a sus riquezas y a elegir el "camino del Reino", camino de compartir, de solidaridad, de donación, de amor. Es en ese camino, asegura Jesús a sus discípulos, donde el hombre se realiza plenamente y donde encuentra la vida eterna.

La segunda lectura nos invita a escuchar y a acoger la Palabra de Dios propuesta por Jesús. Ella es viva, eficaz, actuante. Una vez acogida en el corazón del hombre, lo transforma, lo renueva, le ayuda a discernir entre el bien y el mal y a realizar las opciones correctas, indicándole el camino seguro para llegar a la vida plena y definitiva.

PRIMERA LECTURA

**En comparación de la sabiduría,
tuve en nada la riqueza**

**Lectura del libro de la Sabiduría
7, 7 - 11**

Supliqué,
y se me concedió la prudencia;
invoqué, y vino a mí el espíritu de sabiduría.

La preferí a cetros y tronos,
y, en su comparación, tuve en nada la riqueza.

No le equiparé la piedra más preciosa,
porque todo el oro, a su lado, es un poco de arena,
y, junto a ella, la plata vale lo que el barro.

La quise más que la salud y la belleza,
y me propuse tenerla por luz,
porque su resplandor no tiene ocaso.

Con ella me vinieron todos los bienes juntos,
en sus manos había riquezas incontables.

Palabra de Dios.

1.1. Ambientación

El "Libro de la Sabiduría" es el más reciente de todos los libros del Antiguo Testamento (aparece durante el siglo I antes de Cristo). Su autor, un judío de lengua griega, probablemente nacido y educado en la Diáspora (¿Alejandría?), expresándose en términos y conceptos del mundo helénico, hace el elogio de la "sabiduría" israelita, traza el cuadro de la suerte que le espera al "justo" y al "impío" en el más allá y describe (con ejemplos sacados de la historia del Éxodo) las suertes diversas que tuvieron los paganos (idólatras) y los hebreos (fieles a Yahvé).

Estamos en Alejandría (Egipto), en un medio fuertemente helenizado. Las otras culturas, sobre todo la judía, son desvalorizadas y hostigadas. La enorme colonia judía residente en la ciudad conoce de esta forma, sobre todo en los reinados de Ptolomeo Alejandro (106-88 antes de Cristo) y de Ptolomeo Dionisio (80-52 antes de Cristo), una dura persecución. Los sabios helénicos intentan demostrar, por un lado, la superioridad de la cultura griega y, por otro, la incongruencia del judaísmo y de su propuesta de vida... Los judíos son animados a dejar su fe, a "modernizarse" y a abrirse a los brillantes valores de la cultura helénica.

Es en este ambiente en el que el sabio autor del Libro de la Sabiduría decide defender los valores de la fe y de la cultura de su Pueblo. Su objetivo es doble: dirigiéndose a sus compatriotas judíos (sumergidos en el paganismo, la idolatría y la inmoralidad), les invita a redescubrir la fe de sus padres y los valores judíos; dirigiéndose a los paganos, les invita a constatar lo absurdo de la idolatría y a adherirse a Yahvé, el verdadero y único Dios... Para unos y para otros, el autor pretende dejar esta enseñanza fundamental: sólo Yahvé garantiza la verdadera "sabiduría" y la verdadera felicidad.

El texto que se nos propone forma parte de la segunda parte del libro (cf. Sab 6,1-9,18). Ahí, el autor presenta el "elogio de la sabiduría". Este "elogio de la sabiduría" puede dividirse en tres apartados... En el primero (cf. Sab 6,1-21), hay una exhortación a los reyes en el sentido que se adquieran la "sabiduría"; en el segundo (cf. Sab 6,22-8,21) hay una descripción de la naturaleza y de las propiedades de la "sabiduría", aquí presentada como el valor más importante entre todos los valores que el hombre puede adquirir; en el tercero (cf. Sab 9,1-18), aparece una larga oración del autor, implorando de Yahvé la "sabiduría".

¿Qué es esta "sabiduría" de la que aquí se habla? Es, fundamentalmente, la capacidad de hacer las elecciones correctas, de tomar las decisiones ciertas, de elegir los valores verdaderos que conducen al hombre al éxito, a la realización, a la felicidad. En la perspectiva de los "sabios" de Israel, esta "sabiduría" viene de Dios y es un don que Dios ofrece a todos los hombres que tengan el corazón disponible para acogerle. Es necesario, por tanto, tener los oídos atentos para escuchar y el corazón disponible para acoger la "sabiduría" que Dios quiere ofrecer a todos los hombres.

El autor de este "elogio de la sabiduría" se presenta a sí mismo como el rey Salomón (aunque el nombre del rey nunca será mencionado explícitamente). En

realidad, el "Libro de la Sabiduría" no viene de Salomón (ya hemos visto que es un texto escrito en el siglo I antes de Cristo, por un judío de la Diáspora, posiblemente de Alejandría); pero Salomón, el prototipo del rey sabio era, para los israelitas, la persona indicada para presentar la "sabiduría" y para aconsejar a todos los hombres. Utilizando una ficción literaria, el autor pone, pues, en boca de Salomón este discurso sapiencial.

1.2. Mensaje

Salomón pidió a Dios la "sabiduría" y le fue concedida (v. 7). Hay, aquí, una alusión discreta al episodio narrado en 1Re 3,5-15, que cuenta cómo Salomón, todavía un joven e inexperto rey, se dirigió a un santuario en Gabaón y pidió a Dios "un corazón lleno de entendimiento para gobernar al pueblo, para discernir entre el bien y el mal" (1 Re 3,9); y Dios, correspondiendo a esta petición, le concedió "un corazón sabio y perspicaz" (1 Re 3,12).

Para el rey, la "sabiduría" se convirtió en el valor más apreciado, superior al poder, a la riqueza, a la salud, a la belleza, a todos los bienes terrenos (vv. 8-10a). Ella es la "luz" que ilumina los caminos y que permite discernir las opciones correctas a tomar. Al contrario de los bienes terrenos, ella no se extingue ni pierde brillo (v. 10b): es un valor duradero, que viene de Dios y que conduce al hombre al encuentro con la vida verdadera, con la felicidad perenne.

Con todo, la "sabiduría" no apartó a este rey de los otros bienes... Al contrario, la opción por la "sabiduría" le hizo encontrar "todos los bienes" y "riquezas innumerables" (v. 11), pues la "sabiduría" está en la base de todos ellos. Es ella la que le permite gozar de los bienes terrenos con madurez y equilibrio, sin obsesiones y sin codicia, poniéndolos en su debido lugar y no dejando que sean ellos los que conduzcan su vida y dicten sus opciones.

1.3. Actualización

- ✚ La "sabiduría" es un don de Dios que el hombre debe acoger con humildad y disponibilidad. Ella no llega a quien se pone delante de Dios con una actitud de orgullo y de autosuficiencia; ella no alcanza a quien se cierra en sí mismo y construye su vida al margen de Dios; no tiene lugar en el corazón y en la vida de quien ignora a Dios, sus desafíos, sus propuestas. El "sabio" es aquel que, reconociendo su finitud y debilidad, se pone en las manos de Dios, escucha sus propuestas, acepta sus desafíos, sigue los caminos que le indica. Tal vez uno de los grandes dramas del hombre del siglo XXI sea el prescindir de Dios y de pasar con total indiferencia, al lado de sus propuestas. De esa forma, construimos con frecuencia esquemas de egoísmo, de violencia, de explotación, de odio, que desfiguran el mundo y ofenden a aquellos que caminan a nuestro lado. ¿En qué y en quien apuesto yo: en mi "sabiduría" (que tantas veces me lleva por caminos de injusticia, de división, de sufrimiento, de infidelidad) o en la

"sabiduría" de Dios (que siempre me conduce al encuentro de la vida plena y de la felicidad sin fin)?

- ✚ Todos nosotros tenemos determinados valores que dirigen y condicionan nuestras opciones, nuestras actitudes, nuestros comportamientos. A unos damos más importancia que a otros; a otros damos menos significado... Nuestro texto nos invita a tener cuidado con la forma como jerarquizamos los valores sobre los que construimos nuestra vida. Hay valores efímeros y pasajeros (el dinero, el poder, el éxito, la moda, el reconocimiento social)... que no pueden ser absolutizados. No son malos, por sí mismos; pero no podemos dejar que conduzcan nuestra vida, condicionen todas nuestras opciones, que nos esclavicen de tal modo que nos lleven a olvidar otros valores más importantes y más duraderos. Los valores efímeros no sirven para llenar completamente nuestra vida de significado y no nos garantizan la vida verdadera. Tienen su lugar en nuestra existencia, pero no pueden crecer de tal forma que acaparen todo el espacio libre de nuestro corazón y de nuestra vida.
- ✚ El "sabio" autor de nuestro texto nos asegura que acoger la "sabiduría" no significa prescindir de otros valores materiales y efímeros. A veces, existe la idea de que acoger las propuestas de Dios y seguir sus caminos significa renunciar a todo aquello que nos puede hacer felices y realizados... No es verdad. Hay valores, incluso efímeros, que son perfectamente compatibles con nuestra opción por los valores de Dios y del Reino. No se trata de cerrarnos al mundo, de renunciar definitivamente a las cosas bellas que el mundo nos puede ofrecer y que nos dan seguridad y estabilidad; se trata de dar prioridad a aquello que es realmente importante y que nos asegura, no momentos efímeros, sino momentos eternos de felicidad y de vida plena.

Salmo responsorial

Salmo 89, 12 - 17

V/. Sáncanos de tu misericordia, Señor.
y toda nuestra vida será alegría.

R/. Sáncanos de tu misericordia, Señor.
y toda nuestra vida será alegría.

V/. Enséñanos a calcular nuestros años,
para que adquiramos un corazón sensato.
Vuélvete, Señor, ¿hasta cuando?
Ten compasión de tus siervos.

R/. Sáncanos de tu misericordia, Señor.
y toda nuestra vida será alegría.

V/. Por la mañana sáncanos de tu misericordia,
y toda nuestra vida será alegría y júbilo.
Dános alegría, por los días en que nos afligiste,
por los años en que sufrimos desdichas.

R/. Sáncanos de tu misericordia, Señor.
y toda nuestra vida será alegría.

V/. Que tus siervos vean tu acción,
y sus hijos tu gloria.
Baje a nosotros la bondad del Señor
y haga prósperas las obras de nuestras manos.

R/. Sáncanos de tu misericordia, Señor.
y toda nuestra vida será alegría.

SEGUNDA LECTURA

La palabra de Dios juzga los deseos e intenciones del corazón

Lectura de la carta a los Hebreos 4, 12 - 13

La palabra de Dios es viva y eficaz,
más tajante que espada de doble filo,
penetrante hasta el punto
donde se dividen alma y espíritu,
coyunturas y tuétanos.
Juzga los deseos e intenciones del corazón.
No hay criatura que escape a su mirada.
Todo está patente y descubierto
a los ojos de aquel
a quien hemos de rendir cuentas.

Palabra de Dios.

2.1. Ambientación

Ya vimos, el pasado Domingo, que la Carta a los Hebreos es un sermón destinado a comunidades cristianas instaladas en la monotonía y en la mediocridad, que se dejan contaminar por el desánimo y comienzan a ceder a la seducción de ciertas doctrinas no muy coherentes con la fe recibida de los apóstoles... El objetivo del autor de este "discurso" es estimular la vivencia del compromiso cristiano y llevar a los creyentes a vivir una fe más coherente y comprometida.

En este sentido, el autor presenta el misterio de Cristo, el sacerdote por excelencia, cuya misión es poner a los creyentes en relación con el Padre e insertarlos en ese Pueblo sacerdotal que es la comunidad cristiana. Una vez comprometidos con Cristo, los creyentes deben hacer de su vida un continuo sacrificio de alabanza, de entrega y de amor. De esta forma, el autor ofrece a los cristianos, una profundización y una ampliación en la fe primitiva, capaz de revitalizar su experiencia de fe, debilitada por la acomodación, por la monotonía y por el enfriamiento del entusiasmo inicial. El texto que se nos propone, está incluido en la segunda parte de la Carta a los Hebreos (cf. Heb 3,1-5,10). Ahí, el autor presenta a Jesús como el sacerdote fiel y misericordioso que el Padre envió al mundo para cambiar los corazones de los hombres y para aproximarlos a Dios. A los creyentes se les pide que "crean" en Jesús, esto es, que escuchen atentamente las propuestas que Cristo vino a hacer, que las acojan en el corazón y que las transformen en gestos concretos de vida.

El texto que se nos proponen es una especie de himno a esa Palabra de Dios que Jesucristo vino a traer a los hombres. El objetivo del autor, con esta reflexión, es llevar a los creyentes a escuchar atentamente la Palabra propuesta por Jesús.

2.2. Mensaje

La Palabra de Dios transmitida a los hombres por Jesús no es un conjunto de frases huecas, vagas, estériles, que se derraman sobre los hombres pero que "entran por un oído y salen por el otro", y que no tienen impacto en la vida de aquellos que las escuchan; más bien es una Palabra viva, actuante, transformadora y eficaz, que una vez escuchada, entra en el corazón del hombre como una espada afilada y transforma sus sentimientos, sus pensamientos, sus valores, sus opciones, sus actitudes.

Al entrar en los corazones, la Palabra de Dios se convierte también en juez de las acciones del hombre. Ahí, en el centro donde se forman los sentimientos, donde nacen los pensamientos, donde se definen los valores, donde se hacen las opciones (de acuerdo con la antropología judía, es en el corazón donde todo esto sucede), la Palabra de Dios se enfrenta con los deseos secretos del hombre, con sus verdaderas intenciones, con los valores a los que el hombre da prioridad, con la sinceridad de las opciones que el hombre asume en su relación con Dios, con el mundo y con los otros hombres... Y la Palabra de Dios aprecia, discierne, pesa y pronuncia su sentencia sobre el hombre.

La Palabra de Dios, aunque parezca frágil y débil, es una fuerza decisiva que llena la historia y que trae al hombre la vida y la salvación.

2.3. Actualización

- ✚ El autor de nuestro texto pretende llevar a sus interlocutores a escuchar y a valorar la Palabra de Dios que llega a los hombres a través de Jesús, pues sólo esa Palabra es

salvadora y liberadora; sólo ella indica al hombre el camino cierto para llegar a la vida plena y definitiva. ¿Cuál es el lugar y el papel que la Palabra de Dios asume en mi vida? ¿Soy capaz de encontrar tiempo para escuchar la Palabra de Dios, disponibilidad para discutir y compartir, voluntad para confrontar mi vida con sus exigencias?

- ✚ La Palabra de Dios es viva, actuante, eficaz y renovadora, dice nuestro texto. Debería tener un impacto positivo y transformador en nuestras vidas, en nuestras familias, en nuestras comunidades, en la sociedad a nuestro alrededor... Sin embargo, la Palabra de Dios es proclamada diariamente en nuestras liturgias y continuamos escogiendo valores equivocados, levantando barreras de separación entre personas, marcando nuestra relación comunitaria por la envidia, por los celos, por la discordia, perpetuando mecanismos de injusticia, de violencia, de explotación, de odio... ¿Será que la Palabra de Dios, después de dos mil años, ha perdido su eficacia y su fuerza transformadora? No. Lo que sucede es que escuchamos, acogemos y aprendemos otras "palabras" y pasamos con indiferencia al lado de la Palabra de Dios. Es necesario que volvamos a "escuchar" la Palabra de Dios, esto es, a oírla con nuestros oídos, a acogerla en nuestro corazón, a dejar que ella nos transforme y se exprese en gestos concretos de vida nueva. Sin nuestro "sí", la Palabra de Dios no encuentra espacio en nuestro corazón y en nuestra vida.
- ✚ La Palabra de Dios nos ayuda a discernir el bien y el mal y a realizar las opciones correctas. Ella resuena en nuestro corazón, nos enfrenta con nuestras infidelidades, critica nuestros falsos valores, denuncia nuestros esquemas de egoísmo y de comodidad, nos muestra el sin sentido de nuestras opciones equivocadas, nos grita que es necesario corregir nuestro camino, despierta nuestra conciencia, nos indica el camino hacia Dios. Para que esta Palabra sea eficaz es preciso que no nos cerremos en esa actitud de autosuficiencia que nos hace sordos hacia aquello que pone en cuestión nuestros esquemas personales; es preciso que, con humildad y sencillez, aceptemos cuestionarnos, transformarnos, convertirnos.
- ✚ Nuestra vivencia de la fe se desarrolla, muchas veces, alrededor de fórmulas de oración repetitivas, de prácticas devocionales, de ritos fijos e inmutables, de tradiciones llenas de polvo, de grandes manifestaciones que, sin embargo, tienen poca profundidad... Y la Palabra de Dios es relegada, en la experiencia de fe de tantos creyentes, a un papel muy secundario. Es preciso que la Palabra de Dios sea el centro de nuestra experiencia de fe y de nuestro caminar existencial. Ella es la que nos cuestiona, la que nos transforma, la que nos indica caminos, la que nos permite discernir la voluntad de Dios para nosotros.

Aleluya

Mt 5, 3

Dichosos los pobres en el espíritu,
porque de ellos es el reino de los cielos.

EVANGELIO

Vende lo que tienes y sígueme

✠ Lectura del santo evangelio según san Marcos 10, 17 - 30

En aquel tiempo, cuando salía Jesús al camino, se le acercó uno corriendo, se arrodilló y le preguntó:

— «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?»

Jesús le contestó:

— «¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno más que Dios.

Ya sabes los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre.»

El replicó:

— «Maestro, todo eso lo he cumplido desde pequeño.»

Jesús se le quedó mirando con cariño y le dijo:

— «Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dale el dinero a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego sígueme.»

A estas palabras, él frunció el ceño y se marchó pesaroso, porque era muy rico.

Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos:

— «¡Qué difícil les va a ser a los ricos entrar en el reino de Dios!»

Los discípulos se extrañaron de estas palabras. Jesús añadió:

— «Hijos, ¡qué difícil les es entrar en el reino de Dios a los que ponen su confianza en el dinero!

Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios.»

Ellos se espantaron y comentaban:

— «Entonces, ¿quién puede salvarse?»

Jesús se les quedó mirando y les dijo:

— «Es imposible para los hombres, no para Dios. Dios lo puede todo.»

Pedro se puso a decirle:

— «Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido.»

Jesús dijo:

— «Os aseguro que quien deje casa, o hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o tierras, por mí y por el Evangelio, recibirá ahora, en este tiempo, cien veces más

—casas y hermanos y hermanas y madres e hijos y tierras, con persecuciones— y en la edad futura, vida eterna.»

Palabra del Señor.

3.1. Ambientación

Después de dejar "la casa" (cf. Mc 10,10), Jesús continúa su camino a través de Judea y de Transjordania, en dirección a Jericó (cf. Mc 10,46), realizando un recorrido geográfico que constituye la penúltima etapa de su viaje hacia Jerusalén. Con todo, el camino que Jesús realiza con los discípulos, es también un camino espiritual, durante el cual Jesús va completando su catequesis a los discípulos sobre las exigencias del Reino y las condiciones para formar parte de la comunidad mesiánica. En esta ocasión, la pregunta realizada por un hombre rico acerca de las condiciones para alcanzar la vida eterna, da a Jesús la oportunidad para avisar a los discípulos acerca de la incompatibilidad entre el Reino y el apego a las riquezas.

En la perspectiva de los teólogos de Israel, las riquezas son una bendición de Dios (cf. Dt 28,3-8); pero la catequesis tradicional también es consciente de que poner la confianza y la esperanza en los bienes materiales envenena el corazón del hombre, lo hace orgulloso y autosuficiente y le aparta de Dios y de sus propuestas (cf. Sal 49,7-8; 62,11). Jesús va a retomar la catequesis tradicional, pero esta vez en la perspectiva del Reino.

3.2. Mensaje

La primera parte de nuestro texto (vv. 17-27) es una catequesis sobre las exigencias del Reino y del seguimiento de Jesús.

Un hombre se acerca a Jesús y le pregunta qué tiene que hacer para "alcanzar la vida eterna" (v. 17). No se trata, esta vez, de alguien que viene a probar a Jesús: la postura del hombre, su actitud de respeto, nos lo presentan como alguien sincero y bien intencionado, realmente preocupado por esa cuestión vital que es la vida eterna.

En el Antiguo Testamento, la idea de la vida eterna aparece, por primera vez en Dn 12,2 y es retomada en otros textos tardíos... Para algunos teólogos de la época del judaísmo helenístico, los justos que se mantuvieran fieles a Dios y a la Ley no serían condenados al sheol (donde los espíritus de los muertos llevan una existencia oscura, en el reino de las sombras), sino que resucitarían a una vida nueva, de alegría y de felicidad sin fin, con Dios (cf. 2 M 7,9.14.36). La vida eterna de la que hablan los teólogos de esta época, parece ya incluir la idea de inmortalidad (cf. Sb 3,4;15,3). Es probablemente esto lo que inquieta a este hombre que se encuentra con Jesús: ¿qué es necesario hacer para tener acceso a esa vida inmortal que Dios reserva a los justos?

La primera respuesta de Jesús no aporta nada nuevo y remite al hombre a los mandamientos de la Torah: "no mates; no cometas adulterio; no robes; no levantes falso testimonio; no cometas fraudes; honra padre y madre" (v. 19). De acuerdo con la catequesis hecha por los maestros de Israel, quien viviese de acuerdo con los mandamientos de la Ley, recibiría de Dios la vida eterna. El vivir de acuerdo con las

propuestas de Dios es, también en la perspectiva de Jesús, un primer paso para llegar a la vida eterna.

El joven indica, por su parte, que desde siempre ha vivido en consonancia con los mandamientos de la Ley (v. 20). Es una afirmación segura y serena, que el propio Jesús no contradice. El hombre no es un hipócrita, sino un creyente religiosamente comprometido y sincero. No hay aquí, por parte de este hombre, ninguna señal de orgullo y de autosuficiencia, sino que su actitud y las cuestiones que plantea muestran su inquietud, su búsqueda, su deseo de encontrar el verdadero camino hacia la vida eterna. Jesús reconoce la sinceridad, la honestidad, la verdad de la búsqueda de este hombre; por eso, le mira "con cariño" (v. 21) y decide invitarle a dar un paso adelante en el camino hacia la vida eterna: le invita a formar parte de la comunidad del Reino.

Ahora, ese nuevo paso tiene otro grado de exigencia... Jesús apunta tres requisitos fundamentales que deben ser asumidos por quienes quieran formar parte de la comunidad del Reino: no centrar la propia vida en los bienes pasajeros de este mundo, asumir el compartir y la solidaridad para con los hermanos más pobres, seguir al mismo Jesús en su camino de amor y de entrega (v. 21). A pesar de su buena voluntad, el hombre no está preparado para la exigencia de este camino y se aleja triste. Marcos explica que estaba demasiado apegado a sus riquezas y no estaba dispuesto a renunciar a ellas (v. 22) El hombre del que se habla en esta escena, es un piadoso observante de la Ley, pero no tiene el coraje para renunciar a sus seguridades humanas, a sus esquemas hechos, a los bienes terrenos que le esclavizan el corazón. Su incapacidad para asumir la lógica del don, del compartir, del amor, de la entrega lo hacen no apto para el Reino. El Reino es incompatible con el egoísmo, con la cerrazón, con la lógica del "tener", con la obsesión por los bienes de este mundo.

La historia del hombre rico que no está dispuesto a formar parte de la comunidad del Reino, pues no está preparado para vivir en el amor, en el compartir, en la entrega de la propia vida a los hermanos, sirve a Jesús para ofrecer a sus discípulos una catequesis sobre el Reino y sus exigencias. El "camino del Reino" es un camino de despojamiento de uno mismo, que tiene que ser recorrido en la donación de la vida, en el compartir con los hermanos, en la entrega por amor. Ahora, quien no sea capaz de renunciar a los bienes pasajeros de este mundo, al dinero, al prestigio, a los honores, a los privilegios, a todo eso que ata al hombre y le impide darse a los hermanos, no puede formar parte de la comunidad del Reino. No se trata solamente de una dificultad, sino de una verdadera imposibilidad ("Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios", v. 25): los bienes del mundo imponen a los hombres una lógica de egoísmo, de cerrazón, de esclavitud que son incompatibles con la adhesión plena al Reino y a sus valores. El discípulo que quiera formar parte de la comunidad del Reino, debe estar siempre en una actitud radical para compartir, para la solidaridad, para la donación.

Marcos nos ofrece, después, la reacción alarmada, ansiosa, desorientada, de los discípulos hacia esta exigencia de radicalidad: "¿Entonces, ¿quién puede salvarse?" (v. 26). Como respuesta, Jesús pronuncia palabras que confortan, presentando el poder de Dios como incomparablemente mayor que la debilidad humana ("Es imposible para

los hombres, no para Dios. Dios lo puede todo", v. 27). La acción de Dios, gratuita y misericordiosa, puede cambiar el corazón del hombre y hacerle acoger las exigencias del Reino. Es necesario, sin embargo, que el hombre esté dispuesto a escuchar a Dios y a dejarse retar por él.

En la segunda parte de nuestro texto (vv. 28-30) los discípulos, por la voz de Pedro, recuerdan a Jesús que lo dejaron todo para seguirle. La renuncia de los discípulos no es, con todo, una renuncia que se justifica por sí misma y que tiene valor por sí misma... Los discípulos de Jesús no eligen la pobreza porque la pobreza, en sí, es una cosa buena; ni dejan a personas que aman por el gusto de dejarlas... Cuando los discípulos de Jesús renuncian a determinados valores (muchas veces valores legítimos e importantes), es en vista de un bien mayor, el seguimiento de Jesús y el anuncio del Evangelio. Jesús confirma la validez de esta opción y asegura a los discípulos que el camino escogido por ellos no es un camino de pérdida, de soledad, de muerte, sino que es un camino de ganancia, de comunión, de vida.

Esta opción de los discípulos será siempre incomprendida y rechazada por el mundo. Por eso, los discípulos conocerán también la persecución y el sufrimiento. Las tribulaciones no son un drama imprevisto y sin sentido: los discípulos deben estar preparados para enfrentarlos, pues saben que tendrán siempre que vivir con la oposición del mundo, mientras se mantengan fieles a Jesús y al Evangelio.

Suceda lo que suceda, los discípulos deben ser conscientes de que la opción por el Reino y por sus valores les garantizará una vida plena y feliz en esta tierra y, en el mundo futuro, la vida eterna.

3.3. Actualización

✚ ¿Que es necesario hacer para alcanzar la vida eterna? Se trata de una cuestión que inquieta a todos los creyentes y que ciertamente ya nos la hemos hecho, con estas o con otras palabras semejantes. Jesús responde: es necesario, antes de nada, vivir de acuerdo con las propuestas de Dios (mandamientos); y es preciso, también, asumir los valores del Reino y seguir a Jesús por el camino del amor a Dios y de la entrega a los hermanos.

Esto no significa, con todo, que la vida eterna sea algo que el hombre conquista, con su esfuerzo, o que es fruto de los méritos que el hombre adquiere al recorrer un camino religiosamente correcto.

La vida eterna es siempre un don gratuito de Dios, fruto de su bondad, de su misericordia, de su amor por el hombre; sin embargo, es un don que el hombre acepta, acoge y con el cual se compromete.

Cuando el hombre vive de acuerdo con los mandamientos de Dios y sigue a Jesús, no está conquistando la vida eterna; está, sí, respondiendo positivamente a la oferta de vida que Dios le hace y reconociendo que el camino que Dios le indica es un camino de vida y de felicidad.

- ✚ Cuando hablamos de la vida eterna, no estamos hablando, únicamente, de la vida que nos espera en el cielo, sino que estamos hablando de una vida plena de calidad, de una vida que lleva al hombre a su plena realización, de una vida de paz y de felicidad.

Dios nos ofrece esa vida ya en este mundo y nos invita a acogerla y a escogerla cada día de nuestra vida; sin embargo, sabemos que sólo alcanzaremos la plenitud de la vida cuando nos liberemos de nuestra finitud, de nuestra debilidad, de las limitaciones que nuestra humanidad nos impone.

La vida eterna es una realidad que debe marcar cada paso de nuestra existencia terrena y que alcanzará la plenitud en la otra vida, en el cielo.

- ✚ En la perspectiva de Jesús, la vida eterna pasa por la adhesión a ese Reino que él vino a anunciar. Jesús, con su vida, con sus propuestas, con sus valores, vino a proponer a los hombres el camino de la vida eterna. Quien quiera "heredar la vida eterna" tiene que mirar a Jesús, aprender con él, seguirle, hacer de la propia vida, como Jesús hace de su vida, una escucha atenta de las propuestas de Dios y un don de amor a los hermanos.

Todo nuestro caminar, todos nuestros esfuerzos, toda nuestra búsqueda pretende alcanzar la vida eterna. Muchas veces, la lógica del mundo sugiere que la vida eterna está en la acumulación de dinero, en la realización de nuestros sueños de "tener" más cosas, en la conquista del poder, en el reconocimiento social, en los privilegios que conquistamos, en los cinco minutos de exposición mediática que proporciona la televisión.

Nosotros los creyentes sabemos, con todo, que los bienes de este mundo, aunque nos proporcionen bienestar y seguridad, no nos ofrecen la vida eterna; esa vida eterna que buscamos ansiosamente está en ese camino de amor, de servicio, de donación de la vida que Cristo nos mostró.

- ✚ La historia del hombre rico, que buscaba la vida eterna pero no estaba dispuesto a prescindir de su riqueza, nos alerta sobre la imposibilidad de conjugar la vida eterna con el amor a los bienes de este mundo.

La riqueza esclaviza el corazón del hombre, absorbe todas sus energías, hace crecer el egoísmo y la codicia, lleva al hombre a la injusticia, a la explotación, a la falta de honestidad, al abuso de los hermanos. Es, por tanto, incompatible con el "camino del Reino", que es un camino que debe ser recorrido en amor, en solidaridad, en servicio, en verdad, en la donación de la vida por los hermanos. Podemos llevar vidas religiosamente correctas, frecuentar la Iglesia, dar nuestra contribución a la comunidad, ocupar lugares significativos en la estructura parroquial, pero, si nuestro corazón vive obcecado por los bienes de este mundo y cerrado al amor, al compartir, a la solidaridad, no podemos formar parte de la comunidad del Reino.

✚ Jesús confirma, al final del texto que se nos propone, la validez de ese camino de renuncia y de desprendimiento que los discípulos han aceptado para sí. Pero: Jesús garantiza que no se trata de un camino de fracaso y de pérdida, sino de un camino que realiza plenamente los sueños y las necesidades de los hombres que lo elijan.

Seguir el "camino del Reino" no es, por tanto, aceptar vivir infeliz y sacrificado en esta tierra, con la esperanza de una recompensa en el mundo que ha de venir, sino que es, libre y confiadamente, elegir un camino de vida plena, de realización, de alegría, de felicidad.

El cristiano no es un pobre afligido condenado a pasar de largo por la vida y por la felicidad, sino que es una persona que renuncia a ciertas propuestas falibles y parciales de felicidad, pues sabe que la vida plena está en vivir de acuerdo con los valores eternos propuestos por Jesús.

✚ Jesús avisa a los discípulos que "el camino del Reino" es un camino contra corriente, que generará inevitablemente el odio del mundo y que se traducirá en persecuciones e incomprensiones.

Es una realidad que conocemos bien. Cuántas veces nuestras opciones cristianas son criticadas, incomprensidas, presentadas como realidades incomprensibles y ya superadas por aquellos que representan a la ideología dominante, que forman la opinión pública, que defienden lo socialmente correcto.

Necesitamos, además, ser conscientes de que la persecución y la incomprensión son realidades inevitables, que no pueden desviarnos de las opciones que hemos realizado. Para nosotros, seguidores de Jesús, lo que es realmente importante es la certeza de que "el camino del Reino" es un camino de vida eterna.